



PROJECT MUSE®

---

Donald McKenzie: historiador del libro y filólogo

Bénédicte Vauthier

Revista Hispánica Moderna, Volume 71, Number 1, June 2018, pp. 69-86 (Article)

Published by University of Pennsylvania Press

DOI: <https://doi.org/10.1353/rhm.2018.0006>



➔ *For additional information about this article*

<https://muse.jhu.edu/article/696016>

# Donald McKenzie: historiador del libro y filólogo

BÉNÉDICTE VAUTHIER

UNIVERSITÄT BERN



Si se hace caso omiso de estudios pioneros como el emblemático e insuperado *L'apparition du livre* (1958) de los historiadores franceses Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, seguido, casi veinticinco años más tarde, de la “magistral” —por retomar el adjetivo de Donald F. McKenzie (*Bibliographie* 23)— *Histoire de l'édition française* (1982), a cargo del mismo Martin y de Roger Chartier, es costumbre en determinados ámbitos académicos vincular el desarrollo de las investigaciones sobre la historia del libro a la figura de Donald F. McKenzie, muy en particular a *Bibliography and the Sociology of Texts* (1986), una “obrita” (Lahire 138) que recoge las tres conferencias que el bibliógrafo neozelandés dictó en noviembre y diciembre de 1985 en la British Library para inaugurar el ciclo de las prestigiosas *Panizzi Lectures*.

Sin pretender menoscabar la aportación de McKenzie a la historia del libro, en el marco de esta contribución me propongo mostrar primero cómo esta visión es deudora de la recepción parcial de su obra que tuvo lugar en ciertos ámbitos angloamericanos y más aún de su *reapropiación* en determinados círculos europeos, en particular de lengua románica. Buen ejemplo de ello se encuentra en el prefacio que Roger Chartier escribió para acompañar la reedición del libro de Henri-Jean Martin *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII<sup>e</sup> siècle*, fruto de una tesis doctoral de estado “que fundaba una nueva disciplina en el marco de las ciencias históricas”, o sea “l’histoire du livre” (VII). En los párrafos finales del prefacio, Chartier enfatiza la aproximación que se opera a partir de los años sesenta entre las metodologías angloamericanas y francesas de la historia del libro. De aquel lado, resalta el papel jugado por Donald McKenzie: “la bibliografía, en su definición anglosajona, se transformó en una ‘sociología de los textos’ cuyo ambicioso programa viene al encuentro de la historia del libro francesa” (XIX). Si se toman en consideración los tres capítulos de *Bibliography and the Sociology of Texts*, y no solo el primero, que puede propiciar esta lectura parcial,<sup>1</sup> se entenderá mejor, en cambio, por qué este libro pudo ser obra de referencia de los historiadores del libro, sin tener por qué dejar de serlo de los “new” *New Bibliographers* o de los representantes del *New Textualism*. O por qué puede serlo

---

<sup>1</sup> El título de la tercera conferencia, “The Dialectics of Bibliography Now”, y las primeras líneas de la misma —“In the first two lectures I briefly contrasted two concepts of ‘text’” (*Bibliography* 55)— revelan muy a las claras el carácter solidario de las tres intervenciones.

hoy de filólogos, “editores científicos” y teóricos de la literatura no angloamericanos.

Si este examen propiamente filológico constituirá la segunda parte de esta contribución, mi interés por la recepción de la obra de McKenzie remite a la mutabilidad de los sentidos y las formas que el crítico neozelandés identificó y defendió con tino en las *Panizzi Lectures*. La delimitación de espacios geográficos o lingüísticos se debe al hecho de que la filología y las teorías de la edición —asimismo, quizá, la historia del libro o de la imprenta— siguen marcadas por una fuerte impronta nacional, razón por la cual se siguen echando en falta estudios que permitan seguir el recorrido de “conceptos nómadas” vinculados con el libro, el texto (Christin). Esto podría explicar por qué, a la hora de dar a conocer la traducción italiana de las *Lectures* de McKenzie, en un país de fuerte tradición filológica, Renato Pasta consideró necesario especificar que el concepto “bibliography” en la tradición de lengua inglesa “reúne todas las disciplinas histórico-filológicas del libro, de la bibliografía a la crítica textual, de la paleografía . . . a la biblioteconomía y la catalogografía” (86).

## I.

### *Los ensayos de McKenzie y sobre él*

En la breve introducción a la compilación de trabajos de Donald F. McKenzie, *Making Meaning: “Printers of the Mind” and Other Essays* (2002), Peter D. McDonald y Michael F. Suarez resumen la trayectoria de su maestro en los siguientes términos:

*Most major scholars make important contributions to their chosen fields; a few transform them. Donald F. McKenzie, “the greatest bibliographer of our time,” according to the distinguished Princeton historian Robert Darnton, began the central phase of his scholarly career in Cambridge, England, in 1957 as a student of traditional Anglo-American bibliography, and rapidly became one of its virtuoso practitioners. At the time of his death in Oxford in 1999, he was celebrated not only as a brilliant orthodox bibliographer, but also as the pre-eminent advocate of a new, capacious method of bibliographical investigation rooted in what he termed “the sociology of texts.” In effect, he led and fostered the intellectual movement that opened traditional textual and historical bibliography to “the history of the book,” a reorientation that attracted both high praise and fierce detraction. (3; cursivas mías)*

Para los editores y discípulos de McKenzie, el ensanchamiento y consecutivo desplazamiento de la “bibliografía analítica” o “descriptiva” a la “bibliografía histórica”, “sociología de los textos” o “historia del libro” es lo que justifica la primera aserción resaltada en cursiva. La última frase de la cita revela, en cambio, que la evolución del autor y la consecutiva transformación de la disciplina a la que su nombre va asociado estuvieron marcadas por una controversia que

dividió a los bibliógrafos angloamericanos de forma clara a partir de las *Panizzi Lectures*.<sup>2</sup>

La escéptica reseña de *Bibliography and the Sociology of Texts* que se debe a G. Thomas Tanselle, “bibliógrafo ortodoxo”, es el testimonio más claro de aquel enfrentamiento. En ella, el portavoz de “la teoría Greg-Bowers” (Lernout 53)<sup>3</sup> vuelve a poner en tela de juicio la orientación socio-historicista que McKenzie dio a los estudios bibliográficos y se distancia abiertamente de quienes dan preferencia al historiador del libro sobre el “great bibliographical scholar” que fue McKenzie hasta 1969 (Reseña 497).

Al reseñar, él también, el presente volumen de ensayos, el antes citado Robert Darnton no soslaya la importancia del giro que impulsó McKenzie. Mas al hacerlo tampoco elude que precisamente por ello McKenzie presenta ribetes de “herético” en el panorama de la “bibliografía ortodoxa” (“Heresies” 43). Para el historiador americano del libro, el enfoque *bibliográfico* defendido por McKenzie, junto con una preocupación por el paratexto, el intertexto y la literatura comparada permiten vencer la “tendencia a la fragmentación y especialización de los saberes” que obstaculizan la aproximación “transversal” requerida por un objeto de estudio complejo: el libro (*Apologie* 47, 70).

En suma, la inusual amplitud de miras que encierra una disciplina (*bibliography*) reflejada en una trayectoria personal (McKenzie) explica el proyecto. Eliot lo caracteriza en estos términos: “to bring together literary criticism and literary history with a reinvigorated bibliographical tradition, and then set all three in the very specific human and material context of the past” (7). Pero también revela por qué hemos de tener presentes estas *tres* vías, que *confluyen* de forma equilibrada en la obra de McKenzie, para entender la no menos inusual diversidad de enfoques —la dispersión o difluencia— a la que dio pie su enseñanza.

### *Donald McKenzie y Roger Chartier: el acreedor endeudado*

En Europa, y con la excepción de determinados sectores de anglistas —e italianistas—, una parte importante de la comunidad científica llegó a *Bibliography and the Sociology of Texts* —o llegó a conocer las ideas clave de la obra que dio renombre internacional a McKenzie— a través del insoslayable trabajo de *mediación* operado por Roger Chartier, el más afamado historiador del libro y de la lectura en el ámbito de lenguas románicas. De hecho, él es quien, en 1991, escribió el enjundioso prefacio “Textes, formes, interprétations” a la primera traducción —al francés— de las *Panizzi Lectures* publicadas en inglés en 1986. En

<sup>2</sup> En su breve artículo sobre “Don McKenzie and the History of the Book”, Ian Willison divisa dos fases en la obra de McKenzie, considerando que la primera alcanza su “clímax” en las *Panizzi Lectures* (204).

<sup>3</sup> Los críticos suelen resaltar la comunidad de espíritu que, en el ámbito de la bibliografía analítica, existe entre los trabajos de W. W. Greg, Fredson Bowers y G. Thomas Tanselle, lo que, a menudo, los lleva a citarlos de forma conjunta.

1999, este mismo prefacio fue traducido al italiano para acompañar la traducción de McKenzie al mismo idioma. Y en 2005 Chartier revisó y amplió su prefacio original, que vino a encabezar la traducción al español que Fernando Bouza realizó a partir de la reedición inglesa de 1999, que incluye un nuevo y largo prefacio del autor y “The Sociology of a Text: Oral Culture, Literacy & Print in Early New Zealand.”<sup>4</sup>

A continuación, examinaré los prefacios de McKenzie y de Chartier para mostrar hasta qué punto la recepción chartieriana de las *Panizzi Lectures* ha afectado a McKenzie, como la recepción de Wimsatt y Beardsley al texto original de Congreve, si bien, en el caso presente, se hizo con el consentimiento del interesado. De ahí que aplique luego al legado de McKenzie la conclusión que él saca de su análisis ejemplar de la obra de Congreve: “Visited by such questions, an author disperses into his collaborators, those who produced his texts and their meanings” (*Bibliography* 27).

En el escueto prefacio de la primera edición de su obra, McKenzie se contentaba con recalcar que el texto de las conferencias que había dictado unos meses antes con la idea de “to sketch an extended role for bibliography” (*Bibliography* x) no estaba destinado a la publicación y se inscribía en el peculiar contexto que había visto florecer nuevos formatos —digitales— de creación, difusión y conservación de textos, lo que implicaba que todos los profesionales del libro se interrogasen acerca de sus cometidos futuros. Consciente, al parecer, de la pequeña revolución a la que iban a dar pie sus conferencias —hablaba de “stimulate discussion” (x)—, McKenzie precisaba otras dos consideraciones que debían captar la atención de los lectores: por un lado, el retroceso de cuestiones vinculadas con la *intencionalidad* y el *carácter autorizado* del texto (“questions of authorial intention and textual authority”); por otro, la imposibilidad de establecer una edición definitiva de un texto, una vez aceptado que, al revisarlo, el autor —y no solo él— crea a menudo nuevas *versiones* del mismo, lo que equivalía a reconocer la *inestabilidad del texto* (“textual instability”). Estas consideraciones y la terminología que he resaltado en cursiva revelan que la reflexión inicial de McKenzie se enmarca en un contexto de clara índole filológica y editorial. La no problematización de lo que distingue una *versión* de un *texto* (“each version has some claim to be edited in its own right”) y de lo que implica construir *nuevas versiones*, inclusive *híbridas* (“through conflation”), delatan, en cambio, cierto *impensé* filológico, posiblemente vinculado con la especificidad de la tradición textual angloamericana, sobre el que volveré en la última parte de mi análisis.

Cinco años más tarde, en el prólogo al libro traducido al francés, McKenzie añadía otros dos párrafos en los que destacaba que aquellas dos ideas estaban en el origen de una “nueva empresa intelectual”: la ambiciosa *Cambridge History of the Book in Britain*, en siete volúmenes que verían la luz a lo largo de una década, deudora de la *Histoire de l'édition française* en tres volúmenes, que corrió a cargo de Henri-Jean Martin y de Roger Chartier (1982). Además —y esto es lo que deseo subrayar—, McKenzie no se contentaba con darle las gracias a Chartier por haber prologado su libro. Declaraba que este

<sup>4</sup> Agradezco a Fernando Bouza el haberme facilitado un ejemplar de su traducción mientras redactaba este trabajo. A Juan Miguel Valero Moreno van mis agradecimientos por su generosa y benévola relectura del mismo.

había dado cuenta con extrema precisión de todos los objetivos que eran suyos al pronunciar las conferencias. Y *sus comentarios*, por añadidura, acabaron siendo *un ensayo en sí*, en el que el autor, de forma lúcida y autorizada, afirmaba y confirmaba la importancia vital de una *historia del libro* en todos los intentos de restitución del pasado (*Bibliographie* 23; cursivas mías).

McKenzie veía en esta historia la “prueba de que las tradiciones francesa y angloamericana podían encontrar un terreno de entendimiento en el ámbito de la investigación bibliográfica y crítica”. Y recalca —y subrayo adrede—: “El prefacio de Roger Chartier *añade mucho a mi texto* y me honra enormemente que *su nombre* vaya asociado a esta publicación” (23).

En 1999, en el prefacio escrito con motivo de la “reedición” —¿segunda versión o segundo texto?— del libro en inglés McKenzie iba más lejos al confesar su “*special debt to Roger Chartier for giving the book a much wider circulation in French than it has hitherto received in English, and for his highly perspicacious preface to that edition*” (*Bibliography* 6; cursivas mías). Una “deuda especial” que los actuales editores de McKenzie parecían, sin embargo, dispuestos a invertir, al menos en parte, cuando, al final de su presentación, recordaban que

Robert Darnton and Roger Chartier championed McKenzie as part of their own transformation of French *histoire du livre*. Indeed, the new-style “history of the book” that emerged in the 1980s was, in many respects, the result of a multinational convergence of scholarly interests which McKenzie himself did much to initiate and promote. (McDonald y Suarez 10)

En lo que sigue, ahondaré en el sentido de esta insólita transformación del *acreedor endeudado*, leyéndola a la luz de “The Book as an expressive form”, primer capítulo de las *Panizzi Lectures*. Como recordará el lector, en este capítulo, McKenzie se distancia de la doctrina de la escuela bibliográfica de Greg-Bowers, cuyo mérito científico no cuestiona, y, seguidamente, pone énfasis en dos elementos poco atendidos por sus miembros: la *materialidad* de la producción y la transmisión del *texto*, por un lado; la dimensión *social* o *colectiva* del mismo, por otro, lo que lo lleva a socavar una visión abstracta e individualista —idealista— del significado del texto.

Para ilustrar su hipótesis inicial, o sea, que “forms effect sense” (*Bibliography* 18), parte de cuatro versos de Congreve que sirven de epígrafe al ensayo de Wimsatt y Beardsley, *The Intentional Fallacy* (1946), coronación del *New Criticism*, teoría literaria predominante en el mundo angloamericano a mediados del siglo xx e ineludible complemento de la visión positivista del texto de los bibliógrafos, como subrayó Jerome McGann, representante del *New Textualism*, en una entusiasta y en absoluto desinteresada reseña del libro (“Theory” 20).

Al considerar que “new readers of course make new texts, and that their new meanings are a function of their new forms” (*Bibliography* 29), McKenzie reconoce que eso fue lo que pasó al “texto” de Congreve. Los errores de ortotipografía y ortográficos que esmaltan la cita de Wimsatt y Beardsley dieron pie a

una interpretación que confortaba su propia visión del texto, es decir, “that it was pointless to use the concept of an author’s intentions in trying to decide what a work of literature might mean” (18). Y crearon un nuevo “texto” que pertenece a la historia de la recepción del primero.

Si nos fijamos ahora en el lugar *céntrico* que McKenzie ocupa en la actual e internacional historia del libro frente al lugar casi *simbólico* que ocupa en la *Textual Scholarship* y *Scholarly Editing* angloamericanas, oriundas de la *Bibliography*, podríamos decir que algo parecido ha pasado a las *Panizzi Lectures* a partir del momento en que circularon acompañadas del prefacio de Chartier.

Al introducir *La bibliographie et la sociologie des textes* (1991) y dirigirse a un público lector francófono poco familiarizado con la tradición en la que McKenzie se inserta, o sea la *analytical* o *material bibliography*, cuya constitución y desarrollo corren parejas con los problemas específicos que plantea la transmisión y edición de las obras impresas de Shakespeare, Roger Chartier, igual que Renato Pasta, es consciente de que aquel no podrá entender sin más comentarios el doble desafío que McKenzie plantea a sus pares. Como he señalado, estos desafíos tienen que ver con la puesta en tela de juicio de ideas clave de la tradición editorial (la voluntad autorial, el carácter autorizado del texto, la edición de referencia, etc.) que, hasta finales de los años sesenta y principios de los setenta, reinaban de forma hegemónica e incuestionada no solo en la *bibliography* angloamericana sino también en las distintas tradiciones filológicas europeas, llámense *Textkritik* o *Textologie*, *filologia della copia* o *crítica textual*, que no se habían emancipado aún o liberado del todo del modelo filológico elaborado por Lachmann, Paris o Bédier; un modelo válido para el texto clásico o medieval, pero no para el texto moderno.

La inexistencia en Francia —y en España— de una filología de los textos modernos comparable con las que se habían fraguado y asentado a lo largo de los años ochenta y noventa en Alemania (*Editionswissenschaft*), Italia (*filologia d'autore*) o en los países de lengua inglesa con el surgimiento del *New Textualism* y de la “new” *New Bibliography*,<sup>5</sup> le permite a Chartier pasar de puntillas sobre este primer punto para detenerse en el nuevo territorio que McKenzie dibuja con más fuerza que en sus anteriores trabajos: la *sociología* de los textos (“Textes” 9), que, paso a paso, es equiparada con la *historia* de la lectura, de los lectores, del libro (14). Y la redefinición de la bibliografía material como bibliografía *histórica* o *sociología* de los textos permite al *historiador sociólogo* mostrar cómo McKenzie se distancia además de “todas las formas de crítica literaria”, entre las cuales él destaca, de forma más insistente que su maestro, no solo el *New Criticism*, sino también el estructuralismo (“Textes” 11, 13; *Bibliografía* 13). Y para ilustrar este segundo punto, se sirve de la conferencia “Typography and Meaning: the Case

<sup>5</sup> A falta de un estudio de conjunto, para una presentación sintética de esta cuestión, remito a los “Preliminares editoriales” que acompañan la edición de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (Vauthier & Santos Zas 35–57). La *critique génétique* que nace en Francia en los años 1970 y se desarrolla en polémica oposición a las filologías europeas, sobre todo alemana, tiene como objeto principal el *manuscrito de trabajo* —y los varios documentos que preceden la publicación de un “texto”, es decir, el *avant-texte*—, que trata de *interpretar*, y se interesa por el *proceso de escritura* antes que por un posible “texto final” (Vauthier “Éditer”).



of William Congreve” de la que saca tres conclusiones, que reproduzco a continuación a partir del prólogo de 2005 que acompaña la traducción de McKenzie al español.<sup>6</sup>

Las lecciones de este estudio pionero son múltiples: contra la abstracción del texto, *reducido a su estructura semántica*, demuestra que el estatuto y las interpretaciones de una obra dependen de *sus sucesivas formas*; contra la afirmación de “la muerte del autor”, subraya el papel que éste puede desempeñar, *con otros (el librero editor, el maestro impresor, los componedores, los correctores)*, en el proceso, *siempre colectivo*, que da su materialidad a los textos; contra la ausencia de lectores, recuerda que el significado atribuido a un texto es un producto histórico, situado *en el cruce entre las competencias o expectativas de los lectores y los dispositivos, a la vez gráficos y discursivos, que organizan los objetos leídos (Bibliografía 14)*.

Como se verá en la lectura crítica de Renato Pasta, estas conclusiones se entienden mejor si se leen a la luz de la trayectoria de Roger Chartier y no solo de McKenzie. Aquel es quien se interesa no solamente por una historia del libro, sino también por una historia de la edición, de los lectores y de la lectura. Y este deslizamiento de la historia del libro emprendida por un *bibliógrafo* hacia una historia del libro hecha por un *historiador de la cultura escrita* permitiría explicar por qué Chartier no esconde del todo que el programa que acaba de exponer “no era el objeto principal de este libro” (“Textes” 14) o que McKenzie solo lo había *esbozado* “a partir de diferentes estudios de casos” (*Bibliografía 15*).

### *De la bibliography a las “historia de la edición (y la lectura) en España”*

El hecho de que el legado del “segundo” McKenzie, o sea el “bibliógrafo heterodoxo”, no solamente llegó a Francia a través del trabajo y de los escritos de Roger Chartier, sino también a determinado sector de la comunidad científica española, se ve claramente en tres libros colectivos recientes sobre historia de la edición. Concretamente se trata de *Historia de la edición y la lectura en España: 1472–1914* (2003), y de los dos volúmenes de *Historia de la edición en España: 1836–1936* (2001) e *Historia de la edición en España: 1939–1975* (2014) que ahondan en el tercer tramo de la perspectiva cronológica amplia de la primera, que constaba de tres partes 1472–1680, 1680–1808 y 1808–1914.

El modelo francés de historia de la edición, del libro y la lectura da el tono a los tres libros y numerosos son los trabajos de Chartier y de Martin, completados por los de Darnton en los tomos de historia contemporánea, citados y referenciados. En sendos casos también, las traducciones al francés y luego al español de las *Panizzi Lectures* —no el original— figuran en las bibliografías, pero sin que

<sup>6</sup> Este prólogo parece ser fruto de una versión revisada y ampliada del prólogo publicado en francés de 1991. Resalto en cursiva los elementos, ampliaciones, que no figuran en la cita correspondiente al texto francés (13).



la obra de McKenzie ocupe un lugar significativo en los artículos, aun cuando en la primera se menciona la “bibliografía analítica” y “se considera el objeto impreso en su misma materialidad” (*Historia* 2003, 13) como aportación decisiva de la historia del libro en el siglo xx. En los dos volúmenes de historia contemporánea la jerarquía francesa viene sellada y, a lo sumo, se reconoce que “la historia francesa de la edición, del libro y la lectura también es tributaria de los análisis que han tendido a ocuparse . . . de la producción de significado, y que, cuestionando la naturaleza universal de los textos, han propuesto un diálogo entre texto y lector” (*Historia* 2001, 15). O “desde otro lado, el debate también se desplaza hacia los que consideran que la lectura y la producción de significado están en relación con la estructura física del libro, como la *bibliografía material* norteamericana de Mac Kenzie [sic]” (16).

## I (. . . II)

Bibliography = *filología* + *crítica textual* + *historia del libro*

Bien distinta es la recepción de McKenzie en Italia, donde su tardía contribución bibliográfica a la historia del libro compite más claramente con aquella primera a los estudios filológicos. Ilustración de ello la tenemos en el ya citado estudio de Renato Pasta, que, desde 1998, acompaña la traducción italiana *Bibliografía e sociologia dei testi*, junto con la del prefacio de Chartier.

En aquel estudio, el historiador de la cultura del *Settecento* y *Ottocento* y especialista de la historia de la edición y de la imprenta señala primero la escasa influencia que la obra de McKenzie ha tenido en Italia, excepción hecha de los círculos de especialistas. Sobresale entre todos ellos la obra del italianista británico Conor Fahy, editor del *Orlando furioso*, quien, además de dar a conocer la metodología anglosajona en la obra colectiva *Filologia dei testi a stampa* (1987), siguió siendo uno de los pocos en referirse a McKenzie al hilo de los años (Pasta 85, 95).

Pero más interesante aún para quienes no nos dedicamos a la historia del libro, ni a la edición de textos antiguos, clásicos o pre-modernos —en la que caben tanto el estudio del *Orlando* como los estudios bibliográficos sobre Shakespeare— sino a la teoría de la literatura y la edición de manuscritos y textos modernos y contemporáneos, es el hecho de que Pasta alegue al final de su presentación —en cierta oposición a lo que vimos en Chartier— que “desde el punto de vista heurístico, la perspectiva metodológica que rige la obra de McKenzie puede subsumirse genéricamente en un concepto lato de filología, liberada de tecnicismos superfluos o inútiles” (94).

Esa convicción permite explicar por qué si Renato Pasta no vacila en subrayar la fuerte impronta *histórica* que caracteriza el trabajo de McKenzie, vinculándolo, de forma sugerente, con el “empirismo británico” y un “realismo” deudor de la “filosofía analítica oxoniense”, también insiste en que el “discurso del método” de McKenzie lo constituye su noción profundamente innovadora de “textualidad” (88, 90, 91).

Es su concepto lato del “texto” el que lo lleva a afrontar nuevamente las cuestiones de la “autoría” y la “autorización de los textos”, abriendo la función autorial reservada tradicionalmente al autor *intelectual* del *texto* a los diversos autores *materiales* del *libro* (91). Esta ampliación de la textualidad y nueva concepción de la autoría lleva a McKenzie, por un lado, hacia la “historia del libro”, y, por otro, hacia la “cuestión de la recepción e interpretación” (92). Y Pasta observa, con razón, la débil presencia alemana en McKenzie, en particular la ausencia de referencia explícita a la “estética de la recepción”<sup>7</sup> y el justo equilibrio que se mantiene en él entre autor, lector y texto (92). Como el Umberto Eco defensor de la *intentio operis* (*Obra abierta; Los límites de la interpretación*) —al que Pasta no remite, ni cita—, McKenzie afirma el “carácter libre, pero no arbitrario, de la interpretación”. En oposición clara a Roland Barthes, “no cree que el nacimiento del lector implica la muerte del autor” y asume, finalmente, que el “carácter *autorial e intencional*” —Pasta escribe *autoralità* y *autoritatività*— “se difumina en el conjunto de elementos de la producción material del texto” (93).

En suma, la “sociología del texto” de McKenzie, nutrida de antropología y de lingüística, no puede equipararse del todo con aquella “sociología de la lectura” defendida por Chartier desde 1971, y de la que McKenzie se había distanciado, de forma discreta, en la última nota al pie de su emblemático estudio “Meaning and Typography” (96). La sociología de Chartier, deudor de Pierre Bourdieu,<sup>8</sup> se mantiene en este punto en la periferia del problema central de las *Lectures*: “la evolución de la relación autor-lector a través de los mecanismos de las operaciones tipográficas y editoriales” (96).

Un segundo y más complejo ejemplo de recepción de las ideas y del trabajo de McKenzie y Chartier se da en *Le diverse pagine: il testo letterario tra scrittore, editore, lettore* de Alberto Cadioli, catedrático de literatura italiana en la Universidad de Milán y presidente de APICE (Archivi della Parola, dell’Immagine e della Comunicazione Editoriale).

El examen de este libro, publicado en 2012, permite completar varios cometidos. En primer lugar, se confirma la precedencia del trabajo de Chartier respecto del de McKenzie en Italia, incluso entre quienes, como Cadioli, son especialistas en edición. En segundo lugar, se ve que esta precedencia no implica que Cadioli esté dispuesto a renunciar a la filología y la teoría de la literatura para abrazar una bibliografía histórica o sociología del texto en el sentido algo excluyente de historia del libro, de la lectura y la edición que trae aparejada la *apropiación* histórico-sociológica de Chartier.<sup>9</sup> Al contrario, con vistas a realizar

<sup>7</sup> Se ha de observar, en cambio, que en “Typography and Meaning” (*Making*, 198–236) McKenzie dialoga con uno de los mayores representantes de la *Editionswissenschaft* germánica, en concreto, con el suizo Hans Zeller, del que cita un artículo disponible en inglés, eslabón decisivo en el debate sobre la legitimidad del *copy-text*, la idea de versión autorizada, el carácter social de la autoría, etc. Véase también infra.

<sup>8</sup> El artículo de Pasta, igual que un artículo ya citado de Darnton (“How to Read a Book”) son de especial interés para contextualizar el trabajo de Chartier y reinscribirlo en su propio contexto intelectual, en el que tuvieron un papel decisivo los trabajos de Pierre Bourdieu, Michel de Certeau y Stanley Fish. Léase también al respecto el libro de Chartier, *Au bord de la falaise*, en particular 7–21 y 321–375.

<sup>9</sup> Al decir esto, no estoy poniendo en tela de juicio, ni mucho menos, la aportación verdaderamente magistral de Roger Chartier a la historia del libro y tampoco quiero menoscabar la deuda que tienen con él los historiadores de la literatura. Sin embargo, no se puede perder

su objetivo, o sea, “estudiar todo lo que concierne al texto que llega al lector, en la época contemporánea, a través de la mediación del editor”, Cadioli desea “sumar a las sugerencias de las dos primeras [disciplinas], las investigaciones de los bibliógrafos y de los historiadores de la lectura, *primus inter pares* la de Roger Chartier” (12, 11). En mi opinión, este propósito conciliador se parece al de la bibliografía *lato sensu*, defendido por McKenzie, quien compaginó, lo hemos visto, tres vías de investigación. Es más, el reconocimiento de su deuda con Chartier, de cuyas manos recoge la enseñanza de McKenzie —como revelan varias citas del francés—, tampoco es óbice a que Cadioli abogue explícitamente por una “interacción entre las distintas perspectivas” y se distancie del ostracismo filológico manifestado por Chartier, por ejemplo cuando se opone sin más comentarios “a los que intentan encontrar el texto tal como puede haberlo redactado, imaginado o deseado el autor” (12, 228). Finalmente, al haberse fijado en un artículo de Peter Shillingsburg fechado en 1989, Cadioli nos brinda una excelente oportunidad de llegar por fin a nuestro segundo punto. En aquel artículo, Shillingsburg había llamado la atención sobre el hecho de que el carácter innovador de la propuesta bibliográfica de McKenzie, es decir, su interés por la *materialidad* y *sociabilidad* de la producción de *textos*, había de relacionarse con las propuestas rigurosamente contemporáneas de Jerome McGann (183–84), contrincante de la *New Bibliography* y figura emblemática del *New Textualism* y *Textual Scholarship*.<sup>10</sup>

## II

### Textual scholarship y scholarly editing

Como he anticipado en los breves preliminares, la obra de McKenzie también ha servido de caución a los “*new*” *New Bibliographers* y a los representantes del *New Textualism*, es decir, a los filólogos del texto clásico, por un lado, y de los textos modernos, por otro.

En su artículo “La critique textuelle anglo-américaine”, Geert Lernout, filólogo belga y especialista en la obra de Joyce, facilita las claves esenciales para entender la recepción que McKenzie llegó a tener entre los segundos.<sup>11</sup> En una

---

de vista que llega “al análisis de los textos literarios a partir de la historia sociocultural al modo de la escuela de los *Annales*”. Su objeto de estudio es “el proceso a través del que los lectores, los espectadores u oyentes dan sentido a los textos que hacen suyos” (*Au bord de la falaise* 321).

<sup>10</sup> En su artículo, Shillingsburg distingue tres formas de atender la dimensión *social* del texto en el *Textual Criticism* de los años 1980 y las ilustra con los trabajos de Parker, Gabler, McGann y McKenzie. Mientras que las dos primeras formas siguen siendo “author-centric”, la tercera sería “socio-centric”, además de desembocar en prácticas editoriales muy distintas (“Inquiry” 58).

<sup>11</sup> Por lo que a los primeros se refiere, se leerá la interpretación reciente de Egan, quien, a raíz de un importante desencuentro editorial, pasó revista a las teorías que de los años 1940 a la actualidad se enfrentaron en torno a la edición de Shakespeare. Quienes hacen de McKenzie, de forma algo unilateral, un “historiador del libro”, se sorprenderán al ver que Egan le dedica casi todo un capítulo y examina nada menos que el “Schism in New Bibliography” al que dio pie su obra (84–97).

apretada síntesis, Lernout presenta primero a los lectores de *Genesis*, órgano oficial de la *critique génétique* francesa, los objetivos de la *New Bibliography* angloamericana (de McKerrow a Gaskell, maestro de McKenzie, pasando por Greg, Bowers y Tanselle). Se detiene luego en los disidentes, a los que califica de “new” *New Bibliographers* (McGann, McKenzie y sus herederos como Shillingsburg).<sup>12</sup> Y, finalmente, procede a un examen de la edición de *Ulysses* realizada por Hans Walter Gabler.

Al fijar su mente en Joyce —en la edición de Gabler— y no en Shakespeare, objeto privilegiado de los *bibliógrafos*, Lernout quería mostrar también que, antes que la teoría de la literatura, fueron la praxis editorial y los problemas específicos que planteaban los textos modernos (desde el siglo XVIII en adelante) los que estuvieron en el origen de la evolución de la teoría de la edición. Pero si McKenzie jugó un papel crucial en ella, no fue el único. Junto con él se ha de mencionar a Jerome McGann —autor de una entusiasta reseña de *Bibliography and the Sociology of Texts*— quien, si no tiene el renombre internacional que acompaña hoy al de McKenzie, impulsó en los años 1980 y 1990 las mayores reorientaciones en el campo editorial. Leyendo a John Bryant, Paul Eggert y Peter Shillingsburg, por citar solo a tres editores actuales de renombre, es, de hecho, a McGann a quien se atribuye el mérito de sugerir “the importance of the social condition of texts and brought the reader into prominence as a force to reckon with” y de haber llevado “the social and iconic dimensions of textuality into the fore of both discussion and practice of textual criticism” Schillingsburg, *From Gutenberg* 8), apoyándose, eso sí, en McKenzie. Nada de extrañar, en cierta medida, si nos fijamos en que McGann, igual que Gabler, se interesa por los textos modernos, que plantean problemas de creación y transmisión distintos a los estudiados por McKenzie.<sup>13</sup> Finalmente hemos de detenernos en Gabler y hablar de la clamorosa polémica a la que su edición dio pie en el mundo de los joyceanos, por un lado, y de los bibliógrafos y editores, por otro. Y si el trabajo de quien intentó compaginar los principios de la *new Bibliography* con aquellos de la *Textgenetik* y *Editionswissenschaft* alemanas sirvió a Lernout para hacer visible uno de los desplazamientos “heréticos” que se operaron en la praxis editorial angloamericana, aquí nos va a servir para volver a McKenzie.

En efecto, no podemos olvidar que la edición de Gabler fue objeto de un largo comentario crítico en su tercera *Lecture* (*Bibliography* 1999, 57–60) y la conclusión que McKenzie saca de ella remite directamente a la imagen del matraz roto (“*the broken phial*”) de Milton, objeto del segundo capítulo (31–54).

En la tercera *Lecture* McKenzie se vale así de los trabajos de Locke, Kidd y Gabler para ejemplificar su tesis principal, es decir, “the relation of form to meaning in printed books” (55) y los vincula con sus dos nociones del texto: “One is

<sup>12</sup> Bajo la etiqueta “new” *New Bibliographers* el anglista Geert Lernout (54–56, 59), reúne a autores que otros críticos reparten entre representantes de un *new Textualism* y de una concepción sociológica del texto, por un lado, y “new” *New Bibliographers* stricto sensu, por otro (Egan 188–89; Shillingsburg “Inquiry”).

<sup>13</sup> A diferencia de los críticos textuales que trabajan con copias y “deben reconstruir un ente desaparecido”, los filólogos del texto moderno trabajan con originales —autógrafos y/o impresos— y deben “tan solo dar cuenta de lo existente”, como ha señalado Tanganelli (162).

the text as authorially sanctioned, contained, and historically definable. The other is the text as always incomplete, and therefore open, unstable, subject to a perpetual re-making by its readers, performers, or audience” (55).

Las observaciones de Locke sobre la intencionalidad y el papel de la tipografía, así como las declaraciones de Kidd sobre el cuidado material con el que Joyce construía sus libros, le sirven a McKenzie para ilustrar la primera mitad de su argumentación: “that books *can* be expressive forms of some subtlety, and that an editorial policy which ignores that fact is likely to bring forth a text which, by its author’s standards, is deficient” (60). La doble lectura y doble edición (crítica y sinóptica) de Gabler le sirven, en cambio, para ejemplificar la segunda acepción del “texto”. Se trata ahora de un texto “abierto, inestable, indeterminado”. “In this sense . . . the ‘text’ is in some degree independent of the documents which, at any particular moment, give it form” (60).

En esta perspectiva bibliográfica del “texto abierto”, McKenzie no condena el nuevo *Ulysses* de Gabler. No obstante, igual que en los casos de Congreve y de Locke, esgrime argumentos que dejan pensar que un texto “autorizado” podría tener su preferencia (22, 57, 60). Por eso, al llegar aquí se ha de recalcar que la contradicción real que existe entre las dos concepciones del texto solamente se puede salvar en una perspectiva bibliográfica que se interesa por una “historia de las significaciones” basada en datos materiales. En este sentido, nos guste o no, sea fiel o no al texto original, la edición de Gabler, la cita de Congreve en Wimsatt y Beardsley, las traducciones de McKenzie —como todas y cada una de las reediciones, como todas y cada una de las lecturas apropiación— constituyen datos bibliográficos. Y como tal se han de analizar.

Pero aceptar esta visión implica que comulgamos con la presentación —de índole trascendental y teleológica— de la *obra* o del *texto*, expuesta en el segundo capítulo en el que McKenzie afirma sucesivamente que “the *work* may be the form traditionally imputed to an *archetype*; it may be a form seen as *immanent in each of the versions but not fully realized in any one of them*; or it may be conceived of as *always potential* like that of a play, where the text is open and generates new meaning according to new needs in a *perpetual deferral of closure*” (37; cursivas mías).

Esta concepción conlleva a su vez que frente a “estados diferentes de lo que *uno puede suponer* ser un mismo texto” hemos dado por zanjadas “las dificultades epistemológicas que plantea el problema de ser idéntico y diferente a la vez” (Ganascia y Lebrave 74). Y McKenzie parece darlo por hecho cuando considera la distinción aristotélica entre poesía e historia “as a model of the problem”, abriendo la puerta a la futura reivindicación del carácter teleológico de la versión que encontraremos en Bryant (*Bibliography* 38).

Pero si renunciamos a esta perspectiva bibliográfica amplia, ¿cómo podemos compaginar esta visión “idealista”, por falta de pragmatismo, o “positivista”, por atenerse a la estricta materialidad de los objetos, con la obligada selección y las decisiones que requieren, por un lado, la conservación y el almacenamiento reales de los textos y, por otro, la praxis editorial?

McKenzie no contesta estos interrogantes, sino que los subsume de forma dialéctica en una “sociología del texto” (*Bibliography* 39, 55, 60). Esta no solo

rehúye toda *selección* biblioteconómica— que Eliot, a su pesar, y con los inevitables riesgos que conlleva, sabe necesaria (Introducción 12)—, sino que deja sin zanjarse el problema que plantea la *edición* de textos múltiples y la variación que puede existir en cada uno de ellos. Como recuerda Bryant, estos dos problemas siguen contando entre los más importantes de la tradición editorial y, ya en los años 1970 y 1990, los germanistas les han dedicado especial atención (70).

Volviendo ahora a la teoría y praxis de la edición, quisiera mostrar cómo la tensión irreconciliable entre las dos definiciones del texto de McKenzie se vuelve a encontrar detrás de la oposición que existe hoy entre quienes entienden la edición como *versioning* o *fluid text* y defienden la legitimidad del *eclectic text*, y quienes optan por una “edición (histórico-crítica) autorizada”. Esto me permitirá decir algo de las grandes tendencias que configuran el actual paisaje editorial angloamericano y germánico del texto moderno y de quienes reivindicaban de forma explícita el legado de McGann o de McKenzie, o por lo menos parte de él.

#### Versioning, fluid text, eclectic text versus *edición histórico-crítica autorizada*

“The fluid text is a fact, not a theory” declara John Bryant en el lapidario íncipit de *The Fluid Text: A Theory of Revision and Editing for Book and Screen*, posiblemente el libro de la *textual scholarship* angloamericana que pretende ir más lejos a la hora de sacar conclusiones editoriales de la segunda definición del texto de McKenzie, en la que el *lector* adquiere un papel decisivo en la cadena bibliográfica a la hora de recrear el sentido (1). Según Bryant, “McKenzie’s final emphasis upon the power of readers to reshape the texts they read significantly extends the discipline of bibliography into the social forces, that contribute to the fluid text” (180).

Esta comprensión de la literatura como *proceso* imparabile, en el que se asume tautológicamente que “what makes a fluid text fluid is its fluidity” (62), es la consecuencia última de una *socialización* de la autoría que renuncia a identificar una fase de la creación individual en favor de una “multiple authorship” (Stillinger) o “collaboration” generalizada (Bryant 7), pensada luego como *flujo* (*flow*) o *energía* (*energy*) (62). En términos estrictamente editoriales, este flujo no se detiene ya con la muerte física del “autor intelectual”, y revela el carácter caduco de las nociones de *autenticidad* y *autorización*<sup>14</sup> que siguen vigentes en las filologías europeas y delimitan el *terminus ad quem* del corpus. Además, en la línea teleológica del *texto* abierta por McKenzie, Bryant no duda en defender, explícitamente esta vez, que “[a] version, like any text of a work, is effectively an approximation of or attempt at achieving the work; and accordingly, there is an implied teleological relation between version and work in that a version in manuscript (but also

<sup>14</sup> El concepto de “autenticidad” es una de las nociones clave de la evolución de los métodos de edición posteriores a la Segunda Guerra Mundial en la *Editionswissenschaft* germánica: “Por autenticidad se entiende tanto la calidad de un testimonio autógrafo como la de un impreso autorizado” (Zeller 178).



in print) may be taken as a step toward a full manifestation of the work, or telos” (86).

He aquí por qué a la pregunta: “¿Puede una versión presentar tanta variación como para llegar a ser una obra independiente?”, Bryant contesta de forma tajante: “En la perspectiva de un texto fluido, la respuesta es no, ¡jamás!” (85). Casi sobra añadir que las consecuencias editoriales de esta concepción solo pueden ser las siguientes: “to edit a version of a work necessarily means to edit, in some way, all versions of the work” (87). Mas no lo es especificar que “the focus of fluid-text analysis is not on texts but on the distance between texts: the changes. And thus, . . . fluid-text editing must of necessity forsake the pleasure of clear reading texts” (143).

Indudablemente, Bryant es quien va más lejos a partir del legado de McKenzie —tratando además de superar dialécticamente el historicismo materialista de McGann, quien fue su maestro, y la ontología intencionalista de Tanselle (30–63)—. Pero la idea de texto fluido no es del todo nueva en la *scholarly editing* angloamericana, como revelan conceptos afines como el de “versioning” expuesto y defendido por Reiman en 1987. Es más, parece incluso haberse convertido en una opción si no mayoritaria, por lo menos bien aceptada entre los críticos angloamericanos, sean bibliógrafos (Egan 190–206), o *textualistas*, como viene a ilustrar la pequeña parábola de Peter Shillingsburg, posiblemente el crítico de mayor prestigio y proyección internacional de la *textual scholarship* de lengua inglesa en la actualidad: “The revolution in textual studies that tumbled down the gods of ‘definitive texts’ and of ‘final authorial intentions’ . . . has erected in the place of tumbled gods the gods of multiplicity, comprehensiveness, and objectivity in new, attractive (mostly electronic) forms. New gods are always arising to fill the vacuums left by fallen gods” (Shillingsburg, *From Gutenberg* 25). Pasando por alto el tono religioso que acompaña este balance editorial, prefiero subrayar que Shillingsburg extiende esta presentación al continente europeo y cita a algunos editores alemanes con los que, igual que Bryant, ha tratado de entablar un diálogo.

Ahora bien, al no dominar el alemán, Peter Shillingsburg, igual que Bryant, solo pudo hacerse una primera idea del panorama editorial en lengua alemana a partir de unos cuantos textos emblemáticos de los años 1970 y 1990 seleccionados y traducidos al inglés en un volumen coordinado por el ya citado anglista alemán Hans Walter Gabler, el editor de *Ulysses*. En el caso de Bryant, la utilización estricta de aquellos artículos lo lleva a errar el camino cuando en 2002 atribuye a los germanistas de hoy opiniones de antaño, superadas desde los años 1990, respecto de lo que entienden por *texto y versión* (Vauthier “Éditer”). Más interesante es el caso de Shillingsburg, quien trató de desentrañar el origen de los malentendidos y desacuerdos persistentes entre editores de lengua alemana e inglesa mediante una participación activa en varios foros editoriales internacionales, seguida de la publicación de varios artículos, que dieron pie a algunas respuestas de los germanistas. Para una visión detallada de este debate, no puedo sino remitir al penúltimo capítulo de su libro más reciente (*From Gutenberg* 173–88). Aquí me contento con subrayar que, para Shillingsburg, el motivo principal del desacuerdo respecto a los objetivos de la edición científica y a los conceptos de “autorización” (*authorization*) se debe a las distintas concepciones que



los editores de ambas tradiciones se hacen del “‘artifact’ (which is hard evidence—the physical document) and the ‘aesthetic object’ (which is an editorial or reader’s construct—the thing witnessed by the document)” (169). Estas diferencias podrían atañer a las “differences in the basic materials, with which we work” (174), es decir, a las diferencias tipológicas que existen entre copia y original, entre impreso y autógrafo (Tanganelli). Si bien Shillingsburg es consciente de que puede resultar algo inusual vincular las “normas nacionales de edición” con los problemas específicos que plantean dos autores canónicos (Shakespeare y Goethe), varios indicios delatan que la hipótesis no es quizá tan aventurada como aparenta serlo. En pocas palabras, estas diferencias explicarían que siguieran en pie las oposiciones, difícilmente superables, entre “eclectic text” y “edición autorizada”; entre posibilidad de emendar los textos o no; entre establecimiento de un texto crítico con una clara presencia del editor —en el caso angloamericano— o con una presencia menor y objetivada hasta donde es posible —entre los germanistas—; entre predominio del autor o del lector; etc.

Sin tener por qué reducirse al actual debate germano-angloamericano, la hipótesis de unas posibles desavenencias de carácter nacional se conecta, por un lado, con las mentadas dificultades de una teoría editorial comparada, y, por otro, con el *impensé* filológico al que me refería al principio, cuando echaba en falta la ausencia de discriminación entre “texto” y “versión”, y me extrañaba la facilidad con la que McKenzie contemplaba la posibilidad de crear nuevas versiones híbridas, lo que ha sido y sigue siendo difícilmente asumible en el ámbito europeo.<sup>15</sup>

Con todo, si es innegable la enorme influencia que el patrimonio cultural nacional tiene en las distintas teorías y praxis filológicas, teóricamente, nada impide que se adopte un modelo oriundo de otra tradición nacional. Si la edición de Joyce de Gabler es buen ejemplo de ello, la polémica recepción que la acompañó podría ilustrar los malentendidos que acarrea toda apuesta por un hibridismo metodológico.<sup>16</sup>

*“Filología de la edición como historia de los medios” o “edición de orientación bibliográfica”*

Para concluir, cuatro brevísimas palabras sobre la actual presencia de McKenzie en el ámbito de la teoría y praxis editorial continental. En Francia y en España, por razones distintas, su legado, filtrado por Chartier, se circunscribe a la historia del libro, de la lectura y la edición. En Italia, en cambio, tanto Renato Pasta como Alberto Cadioli reivindican no solo al historiador del libro

<sup>15</sup> En la segunda nota al pie del antes mencionado noveno capítulo de *From Gutenberg to Google*, Shillingsburg lista los artículos de los editores alemanes más directamente relacionados con este debate, que comienza en 1975 con unas contribuciones de Zeller, citado por McKenzie (173). Para la filología italiana, véase también Italia (30 y ss).

<sup>16</sup> Para un caso similar en el ámbito de las letras románicas, véase mi trabajo sobre la colección *Archivos* (“¿Critique génétique?”).

sino también al filólogo y teórico de la literatura. Por añadidura, el legado principal de McKenzie-McGann, con su compartida atención por la dimensión *material* del texto y del libro y su reivindicación de una autoría *colectiva* o *social*, está presente hoy a través de críticos y editores como Shillingsburg, quien ocupa un lugar llamativo en *Editing Novecento* de Paola Italia, lo que muestra cómo la crítica angloamericana está ocupando en la *filología d'autore* el lugar que antes ocuparon los filólogos alemanes y los genetistas franceses.<sup>17</sup>

En Alemania, en cambio, el reconocimiento de la dimensión *social* y *colectiva* de la creación llegó en los años 1970, a través de la obra de James Thorpe, cuyas conclusiones hizo suyas Hans Zeller (Vauthier, “Éditer”). No obstante, si se deja de lado la dimensión espacial de los borradores de trabajo, a la que se prestó especial atención gracias a la generalización del facsímil, la *materialidad* y la *medialidad* del texto no ha sido, hasta hace poco, objeto de interés de los editores alemanes, quienes acostumbraron privilegiar la dimensión textual o “código lingüístico”, y luego la dimensión temporal y genética de las obras (véase Nutt-Kofoth). Las cosas están cambiando, sin embargo, como revela el título de un artículo reciente de Nutt-Kofoth, quien invita a considerar la “Filología de la edición como historia de los medios” (*Editionsphilologie als Mediengeschichte*). Y al final de su artículo, el filólogo alemán remite explícitamente a los trabajos de McGann, a *Bibliography and the Sociology of Texts* de McKenzie y al primer eslabón de la trilogía sobre teoría y práctica de la edición de Shillingsburg, o sea: *Scholarly Editing in the Computer Age* (19–20). En este libro, el crítico americano facilitó una tipología editorial dividida en cinco orientaciones “documentary, aesthetic, authorial, sociological and bibliographic”, siendo la última, deudora del trabajo de McKenzie, ampliado y desarrollado por estudiosos como McGann o Bornstein (16).

Al igual que Nutt-Kofoth, creo, por mi parte, que en trabajos de *edición* es hora de que, junto a las dimensiones textuales (lingüísticas) y genéticas de los textos, prestemos por fin su debida atención al “código bibliográfico”, que puede estudiarse tanto en la perspectiva de la historia de la recepción, como a través de la materialidad del texto y el libro (Nutt-Kofoth, “Editionsphilologie” 20–21; Shillingsburg, *Scholarly* 24). De ahí que urja que hagamos nuestras las reflexiones de los editores angloamericanos, en particular de McKenzie. Es más: a sabiendas de que cada una de las orientaciones delata cómo el editor científico concibe la “autoría” de un texto y dónde la localiza, decisiones que surten efecto en las lecturas posibles que se hará del texto (Shillingsburg, *Scholarly* 16), me parece de especial relevancia para la edición de manuscritos y textos modernos la “orientación bibliográfica”.

Based in the bibliographical studies of D. F. McKenzie, this orientation enlarges the definition of text to include all aspects of the physical forms upon which the linguistic text is written. This approach does not admit to any parts of the text or of the physical medium to be considered nonsignificant and therefore emendable. . . . [A]ll

<sup>17</sup> Ilustración de ello la tendríamos en el insuperable manual de filología italiana de Alfredo Stussi.

aspects of the physical object that is the book that bear clues to its origins and destinations and social and literary pretensions . . . are text to the bibliographic orientation. (23–24)

Optar por esta “orientación bibliográfica” a la hora de editar manuscritos y textos modernos, como hicimos en un trabajo reciente (Vauthier y Santos Zas 28–34), no es solamente una forma para hacer justicia a un escritor editor como Ramón del Valle-Inclán especialmente atento a la materialidad, a la materialización, de sus textos. También es una forma de poner en práctica la lección que creemos haber sacado de la enseñanza de McKenzie, historiador del libro y filólogo, es decir, *bibliographer*.

#### B I B L I O G R A F Í A

- Bryant, John. *The Fluid Text: A Theory of Revision and Editing for Book and Screen*. U of Michigan P, 2002.
- Cadioli, Alberto. *Le diverse pagine: il testo letterario tra scrittore, editore, lettore*. Il Saggiatore, 2012.
- Chartier, Roger. *Au bord de la falaise: l'histoire entre certitudes et inquiétude*. Albin Michel, 2009.
- . “Un humanista entre dos mundos”. Prólogo. McKenzie, *Bibliografía*, pp. 5–18.
- . “Un livre fondateur”. Prólogo. *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII<sup>e</sup> siècle*, de Henri-Jean Martin, Droz, 1999, vol. I, pp. VII–XXI.
- . “Textes, formes, interprétations”. Prólogo, McKenzie, *La bibliographie*, pp. 5–18.
- Christin, Olivier, editor. *Dictionnaire des concepts nomades en sciences humaines*. Métailié, 2010.
- Darnton, Robert. *Apologie du livre: demain, aujourd'hui, hier*. Version américaine parue sous le titre *The Case for Books: Past, Present and Future*. 2009. Gallimard, NrF Essais, 2011.
- . “The Heresies of Bibliography”. *The New York Review of Books*, 50, 29 de mayo, 2003, pp. 43–45.
- . “How to Read a Book”. *The New York Review of Books*, 52, 6 de junio, 1996, pp. 52–57.
- Egan, Gabriel. *The Struggle for Shakespeare's Text: Twentieth-Century Editorial Theory and Practice*. Cambridge UP, 2010.
- Eggert, Paul. *Securing the Past: Conservation in Art, Architecture, and Literature*. Cambridge UP, 2009.
- Eliot, Simon. Introducción. Thomson, pp. 7–18.
- Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin. *L'apparition du livre*. Albin Michel, 1999.
- Ganascia, Jean Gabriel y Jean Louis Lebrave. “Trente ans de traitements informatiques des manuscrits de genèse”. *Critique génétique: concepts, méthodes, outils*, edición de Olga Anokhina y Sabine Pétilion, IMEC, 2009, pp. 68–82.
- Historia de la edición y la lectura en España. 1472–1914*. Coordinación de Víctor Infantes, François López y Jean-François Botrel, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003.
- Historia de la edición en España. 1836–1936*. Dirigida por Jesús A. Martínez Martín, Marcial Pons, 2001.
- Historia de la edición en España. 1939–1975*. Dirigida por Jesús A. Martínez Martín, Marcial Pons, 2014.
- Italia, Paola. *Editing Novecento*. Salerno, 2013.
- Lahire, Bernard. “McKenzie D. F., *La bibliographie et la sociologie des textes*”. *Revue française de sociologie*, no. 34, 1993, pp. 138–39.
- Lernout, Geert. “La critique textuelle anglo-américaine: une étude de cas”. *Genesis*, no. 9, 1996, pp. 45–65.
- Martin, Henri-Jean y Roger Chartier, editores. *L'histoire de l'édition française*. Promodis, 1982. 3 vols.
- McDonald, Peter D. y Michael F. Suarez, Introducción. *Making Meaning: “Printers of the Mind” and Other Essays*, de Donald F. McKenzie, U of Massachusetts P, 2002, pp. 3–10.
- McGann, Jerome. *A Critique of Modern Textual Criticism*. U of Chicago P, 1983.

- . “Theory of Texts”. *London Review of Books*, Vol. 10, no. 4, 18 de febrero 1988, pp. 20–21.
- McKenzie, Donald F. *Bibliografía e sociología dei testi*. Traducción de A. Capra e I. Amaduzzi, Sylvestre Bonnard, 2005.
- . *Bibliografía y sociología de los textos*. Traducción de Fernando Bouza, Akal, 1998.
- . *La bibliographie et la sociologie des textes*, Traducción de Marc Amfreville, Éditions du Cercle de la Libraire, 1991.
- . *Bibliography and the Sociology of Texts*. The British Library, 1991.
- . *Bibliography and the Sociology of Texts*. Cambridge UP, 1999.
- . *Making Meaning: “Printers of the Mind” and Other Essays*. Edición de Peter D. McDonald y Michael F. Suarez, U of Massachusetts P, 2002.
- Nutt-Kofoth, Rüdiger. “Editionsphilologie als Mediengeschichte”. *Editio*, no. 20, 2006, pp. 1–23.
- . “Editorial Scholarship and Literary Studies: Reflections on Their Relationship from a German Perspective”. *Variants*, no. 6, 2007, pp. 33–48.
- Pasta, Renato. “A proposito di Donald McKenzie: ciè che è passato è il prologo”. McKenzie, *Bibliografía*, pp. 85–97.
- Reiman, Donald H. “‘Versioning’: The Presentation of Multiple Texts”. *Romantic Texts and Contexts*, U of Missouri P, 1987, pp. 167–80.
- Shillingsburg, Peter L. “An Inquiry into the Social Status of Texts and Modes of Textual Criticism”. *Studies in Bibliography*, no. 42, 1989, pp. 55–79.
- . *From Gutenberg to Google: Electronic Representations of Literary Text*. Cambridge UP, 2006.
- . *Scholarly Editing in the Computer Age: Theory and Practice*. U of Michigan P, 1996.
- Stillinger, Jack. *Multiple Authorship and the Myth of Solitary Genius*. Oxford UP, 1991.
- Stussi, Alfredo. *Introduzione agli studi di filologia italiana*. Il Mulino, 2007.
- Tanganelli, Paolo. “Borradores e impresos unamunianos: variantes de autor y ‘de copia’ en *Del sentimiento trágico de la vida* (con unas calas intermedias en la tradición de *La venda*, cuento y drama)”. *Creneida: Anuario de Literaturas Hispánicas*, no. 2, 2014, pp. 161–198, [www.creneida.com/revista/creneida-2-2014/](http://www.creneida.com/revista/creneida-2-2014/).
- Tanselle, G. Thomas. “Textual Criticism and Literary Sociology”. *Studies in Bibliography*, vol. 44, 1991, pp. 83–143.
- . Reseña de “*Making Meaning: “Printers of the Mind” and Other Essays*”. *Common Knowledge*. vol. 11, no. 3, otoño 2005, pp. 497–98.
- Thomson, John, editor. *Books and Bibliography: Essays in Commemoration of Don McKenzie*. Victoria UP, 2002.
- Vauthier, Bénédicte. “¿Critique génétique y/o filología d’auteur? Según los casos . . . ‘Historia’ —¿o fin?— ‘de una utopía real’”, *Creneida: Anuario de Literaturas Hispánicas*, 2, 2014, pp. 79–125. [www.creneida.com/revista/creneida-2-2014/](http://www.creneida.com/revista/creneida-2-2014/)
- . “Éditer des états textuels variants”. *Genesis*, no. 44, 2017, pp. 39–56.
- Vauthier, Bénédicte y Margarita Santos Zas. Estudio y dossier genético y editorial. *Un día de guerra (Visión estelar)* de Ramón de valle-Inclán, U de Santiago de Compostela, 2017.
- Willison, Ian. “Don McKenzie and the History of the Book”. Thomson, pp. 202–10.
- Zeller, Hans. “Die Entwicklung der textgenetischen Edition im 20. Jahrhundert”. *Geschichte der Editionsverfahren vom Altertum bis zur Gegenwart im Überblick*, edición de H. G. Roloff, Weidler, 2003, pp. 143–207.